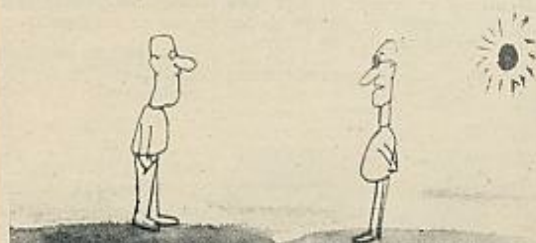


EN PUNTO



CHUMY
CHUMEZ

—Si no me cree, peor para usted. Yo ya le he avisado.

art
buch
wald

EL PROBLEMA DE LOS AEROPUERTOS

El problema cuando se viaja mucho en avión es que uno tiene mucho tiempo en el aeropuerto para pensar en ello. Yo he estado haciendo un estudio sobre la congestión en los campos de aviación y creo que tengo la solución del problema.

El embotellamiento no es causado por las personas que vuelan, sino por las que van a despedirlas. Por cada pasajero de avión hay, por lo menos, cinco personas que no van a ninguna parte. No recuerdo cuándo reparé en esto, pero debe hacer ya un año, cuando iba a ir a Joplin. Había seguramente más de doscientas personas en la puerta del aeropuerto, y yo no podía imaginarme cómo se las iban a arreglar para caber en el aparato, que era un DC-3. Pero cuando anunciaron nuestro vuelo, sólo subimos al avión cuatro personas. Las demás se quedaron en tierra, agitando pañuelos y alzando a los niños por encima de ellos.

Como sabe todo el que viaja en avión, las carreteras de acceso al aeropuerto están llenas de coches que van en caravana y los estacionamientos repletos de gentes que van a despedir a otras. Las cosas se están poniendo tan mal que cualquier día estaremos a quinientos metros del aeropuerto faltando todavía una hora para que salga el avión y lo vamos a perder.

La solución del problema es muy sencilla: dictar una ley prohibiendo entrar en el aeropuerto a quien no vuele. Sé que esto parece terrible, ya que todo el mundo quiere ir a despedir o recibir a los seres queridos. Pero si tenemos que elegir entre los que viajan y los que se quedan, hay que decidirse por los primeros.

La razón por la que creo que mi plan daría resultado es que he estado haciendo una encuesta entre la gente de los aeropuertos y el setenta por ciento de ellas me contestó que, en realidad, no deseaba estar allí.

En el aeropuerto Kennedy, de Nueva York, de donde salen la mayoría de los aviones para Europa, un hombre dijo:

—Mi cuñado y mi cuñada insistieron en que viniéramos a despedirlos para que tuviéramos envidia de ellos...

—Vengo al aeropuerto porque es la única vez que mi esposo ve a los niños —dijo una mujer en el aeropuerto de Washington. Y en el de Los Angeles, decía un hombre amargamente:

—Mi suegra insistió en que viniéramos a dejarla para no tener que darle ella la propina al portero...

Por supuesto, habrá algunos casos raros si mi plan es aceptado. Por ejemplo, el otro día, cuando iba para Atlanta, vi a un hombre y una mujer abrazarse con los ojos llenos de lágrimas. Sentí gran simpatía por ellos. El hombre partía y ella estaba inconsolable, y me dije que sería una crueldad no permitirle que entrara en el aeropuerto.

Pero cuando, dos horas después, nuestro avión aterrizó en Atlanta, otra mujer esperaba al mismo hombre y le abrazó y besó apasionadamente, también llorosa... Al ver esta escena, decidí: "¡Al diablo con todo, que se dicte la ley!"

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editora Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)